

Tejiendo memorias: “Los Salvados”

Hola. Soy una mujer TEA de 52, nací en Antofagasta en Octubre del año 1971, tenía 1 año 9 meses cuando dieron el golpe militar. Crecí en dictadura, tengo una historia que contar, aunque creo que tal vez no sea tan relevante como las historias de quienes sufrieron persecución y represión, sin embargo es una mirada desde el otro lado de la vereda, la realidad del pueblo pobre que fue convencido de que el Dictador y sus secuaces fueron una especie de “héroes” que nos “salvaron” de algo terrible, supuestamente más terrible que la dictadura misma, que iba a ocurrir en Chile si los militares no sacaban al Presidente Salvador Allende a balazos y el infame bombardeo de La Moneda.

No tengo familiares que hayan sido secuestrados, ni detenidos desaparecidos. Nosotros en casa no sufrimos esos horrores, excepto la más absoluta pobreza que muchos padecían en la época: hambre, miseria y esa sensación permanente de desolación. Siempre me he preguntado la razón de habernos librado y supongo que no fue por “suerte”: uno de mis hermanos mayores se había unido a la Infantería Marina y creo que las familias directas de los integrantes de las fuerzas armadas gozaron de cierto blindaje o protección de los abusos de fuerza cometidos. Aunque eso no alejó el peligro que rondaba y era pan de cada día, especialmente en esos primeros convulsos días que siguieron al golpe. Grabada en la memoria tengo las historias que contaba mi madre, una mujer humilde, con poca educación que lavaba ropa en casa de la gente con dinero del barrio para mantenernos, alegremente como si fueran anécdotas divertidas, sentados a la mesa del almuerzo, o en las reuniones familiares, vividas por ella y mis hermanos y hermanas mayores. No eran “anécdotas”: eran el testimonio de hechos terribles, inaceptables, contados con la naturalidad y hasta la nostalgia con que se cuentan recuerdos de la infancia, endulzados e idealizados con el paso del tiempo.

Ahí precisamente radica el horror en esta historia: la increíble, pero crudamente real, absoluta normalización de la violencia, en esa sociedad chilena de los 80’S en la que crecí, en un pobre hogar, de una pequeña ciudad al norte. Éramos una familia pobre y numerosa, la casa más pobre del barrio, mi padre un simple obrero de la construcción, albañil, nos había abandonado al poco tiempo de yo nacer, así mi madre, una lavandera se tuvo que hacer cargo de 8 hijos, nietos y yernos, convirtiéndose en matriarca por obligación. Ella venía de una familia también numerosa que tuvo ciertos privilegios y posición social en su juventud, pero a la fecha ya estaban venidos a menos, ostentando sólo los apellidos que alguna vez hicieron de mi abuelo materno Emilio Díaz Sanchez, un respetado procurador del número. Mi abuela materna murió cuando mi madre era niña y el abuelo fue displicente en el cuidado de sus hijas, su frase preferida que mi madre repetía al contar su historia era “si la niña no quiere estudiar, que no estudie, para eso estoy yo para darle todo lo que quiera”, pero él no era inmortal, perdería trabajo, dinero y posición, además una vez que “la niña” se casó y para su disgusto tuvo la osadía de separarse, algo imperdonable, la tuvo encerrada en casa hasta que ella decidió escapar e irse a vivir con mi padre, llevándose consigo a mi hermanastro mayor hijo de su primer matrimonio. Así terminó la niña, una vez rica, mal casada con un albañil que además de darle mala vida y ejercer violencia intrafamiliar de muchas formas: física, psicológica, económica, siendo infiel, pegándole a los hijos, etc. La llenó de críos, la hizo pasar miserias, y luego la abandonó con un cáncer uterino que casi la mata y una bebe recién nacida a quien apenas conoció: esa guagua era Yo.

La historia de mi madre, brevemente resumida, es contexto necesario para contar lo que sigue, la educación que me dio, las ideas que tenía y me traspasó, repitiendo como mantra diario y que fueron un verdadero adoctrinamiento psicológico a favor del Dictador, sus cómplices y los horrores de la dictadura, adoctrinamiento del que no desperté hasta que leí a finales de los 90's el informe Rettig de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación: Es decir, estuve un poco más de tres décadas de mi vida creyendo, repitiendo y esparciendo a pies juntillas las mentiras instaladas por la derecha golpista, de que el Dictador y los militares nos habían "salvado" del horror del comunismo, que la palabra terrorista y comunista eran sinónimos de miedo, de que "esa gente" sólo merecía nuestro total y absoluto desprecio, y que el Dictador era nuestro "salvador", nuestro mesías, nuestro líder máximo, una figura a quien adorar y respetar, y a quien mi pobre e ignorante madre solía llamar, cariñosamente, "el papi". Un sentimiento de profunda vergüenza es lo que siento ahora, al recordar aquella época, especialmente en mi adolescencia, cuando repetí y dije en voz alta cosas tan terribles e inaceptables como "deberían haberlos matado a todos, así ahora no andarían por ahí molestando", cada vez que en la TV nacional transmitían una noticia o reportaje acerca de un supuesto "atentado terrorista" perpetrado como siempre por "esos malditos comunistas".

Mi condición de TEA me ha dado una habilidad excepcional en relación a la memoria, una característica que suele explotada en las películas cuando incluyen un personaje TEA. De lo que he investigado, concluyo que tengo esa del tipo eidética: asociada a mi imaginación, que también es prodigiosa, nunca olvido las cosas que me impresionan, especialmente cuando tengo una imagen visual del contenido de esa información en particular. Y vaya que eran impresionantes las historias que mi madre contaba, como quien le cuenta la Caperucita Roja a unos niños, pero no eran cuentos de niños, de hecho en casa no había libros de ninguna especie, yo no conocí los cuentos hasta los 11 años en una ocasión que acompañé a mi madre a su trabajo en casa de gente rica y la niña de la casa tenía un hermoso libro de La Cenicienta. Fue la primera vez que supe que habían historias para niños, porque las historias con que yo crecí eran de horrores del mundo adulto en el que estábamos creciendo y hablaban de violencia, odio, mezquindad, sed de poder, pero claro yo era una niña y no podía comprenderlo, no lo comprendería a cabalidad hasta dos décadas después.

La primera historia era de los primeros días del golpe. Nuestra casa estaba ubicada en una Avenida grande de la ciudad, en ese entonces la calle Cautín, a una cuadra de la Avenida Matta, y justo en esa esquina, casi frente a nuestra casa, se encuentra aún hoy el GRUPIN: grupo de instrucción de Carabineros. Mi madre cuenta que los días que siguieron al golpe empezaron a llegar los camiones cargados con personas detenidas. Día y noche había ir y venir de camiones que escuchaban solamente porque había toque de queda y nadie podía salir a la calle. En una ocasión, ella y mis hermanas no resistieron la curiosidad y se asomaron por encima de la barda de la casa para mirar: una ráfaga de balas, disparada contra ellas por un Carabinero, les pasó por encima de sus cabezas y tuvieron que arrojarlas hacia atrás. Las balas quedaron incrustadas en el frontis de la casa, en una pared de concreto.

La Segunda historia sucedió también esas primeras semanas: habiendo toque de queda total, no podían salir a la calle, sin embargo uno de mis hermanos mayores, un niño en esa época, muy travieso, desobedeció y se salió a la esquina. Los Carabineros lo tomaron, lo arrojaron al piso y le estaban apuntando con sus armas, mi madre al percatarse de la situación salió se metió entre lo

levantó del suelo y de una oreja se lo llevó devuelta a casa, diciéndoles “pero cómo lo apuntan con las armas qué no ven qué es sólo un niño”. Tuvieron mucha suerte. Tal vez ese día los represores estaban de buen humor, pues con horror, especialmente estos días a 50 años del golpe, he visto en redes las miles de historias de muchos otros niños y niñas que no tuvieron esa suerte y recibieron un balazo mortal sólo por estar en la calle, o en la casa donde hubo un secuestro o un arresto de esos a mitad de la noche y con abuso de fuerza que se cuentan por miles.

La Tercera historia es la muerte de mi primo Naún, uno de los hijos de mi tía Ruth. Yo no lo conocí, era un niño de 16 años cuando un vecino le regaló un esqueleto de bicicleta que tenía oxidándose en el patio, el muy contento lo llevó a nuestra casa donde nuestros hermanos lo ayudaron a arreglarla, le pusieron ruedas, la pintaron: quedó como una bicicleta nueva. El problema surgió cuando el vecino, al ver la bicicleta restaurada, quiso que se la devolviera y el niño lógicamente se negó pues la había restaurado con su trabajo y su esfuerzo, entonces el vecino sinvergüenza mala persona lo denunció por robo a la PDI, que llegaron un día a sacarlo a la fuerza de su casa y se lo llevaron sin más, mi tía estaba trabajando. Al llegar sus otros hijos le contaron y ella al ver que no volvía empezó a buscarlo. Fue a la PDI y les explicó lo que había pasado en realidad, de hecho mi madre fue de testigo para aclarar que nunca fue un robo y que el niño era inocente. Los malditos le dijeron que “ya lo habían soltado hacía rato, y que no sabían dónde estaba” pasaron las horas y el niño no aparecía, finalmente mi tía recibió un aviso: lo habían encontrado muerto en la orilla de una playa, supuestamente se había acostado a dormir y se había muerto “de causas naturales”, meningitis pondrían después en el certificado de defunción, sin autopsia me imagino, como se hacían las cosas en esa época, y la causal tenía que parecerse a las evidencias que presentaba el cuerpo, especialmente la hinchazón por los la golpiza brutal recibida de parte de los detectives que intentaron obtener la confesión de un robo que nunca cometió. Pero en esa época te detenían por sospecha, era legal, era la ley, ellos eran la autoridad, el gobierno, a la tía Ruth sólo le quedó callar y aceptar, sin cuestionar, después de todo su hijo ya estaba muerto y nada se lo iba a devolver. Esta historia me la contó mi hermana mayor. Un homicidio anónimo, unos asesinos impune, como tantos que hubo en esos años y que hoy algunos niegan con vehemencia, como si se hubieran inventado, como si nunca hubieran pasado, como si fueran historias de otro país, queriendo borrar su memoria, por culpa, conveniencia o por vergüenza.

La Cuarta historia dudé en incluirla porque toca a víctimas inocentes que probablemente todavía vivan. Mi padre tenía un “compadre” un amigote que fue padrino de una de mis hermanas mayores. “El compadre Dulio” así le decían. Era de las Fuerzas Armadas, Aérea, si no me equivoco. Él y su mujer no pudieron tener hijos así que adoptaron a una niña que llamaremos Yesenia para proteger su identidad. La esposa murió y el viejo perverso se quedó con la niña. Mi hermana, la que nació antes que yo, era niña en esa época y una vez que fueron de visita a la casa “del compadre” se entusiasmó jugando y mi madre le permitió quedarse a dormir con Yesenia, había confianza, era el “compadre”. Resulta que llegó la noche y el viejo se metió al dormitorio de Yesenia, donde jugaba con mi hermana y se acostó en la cama. A mi hermana, a pesar de ser niña le pareció raro. Yesenia al poco tiempo se durmió y el viejo asqueroso empezó a invitar a mi hermana para que se acostara con él y le “hiciera cariño” ella se asustó, le gritó a Yesenia pero la otra niña no despertaba, entonces corrió y se encerró en el baño. El viejo fue a golpear la puerta diciéndole que “no fuera mala” y que él le iba a comprar dulces y le iba a dar plata. Mi hermana pese a ser niña le dijo que no, que era

malo y cochino y no salió del baño hasta el otro cuando escuchó que el viejo se había ido a trabajar. Cuando una de mis hermanas mayores fue a buscarla le contó lo que había pasado, luego le contaron a mi madre. Lamentablemente se tomaron con mucha calma, le preguntaron al viejo “qué había pasado” y el pedófilo asqueroso inventó alguna mala disculpa que fue aceptada sin más. Para cuando yo oí la historia Yesenia llevaba a lo menos 2 intentos de suicidio y había sido madre soltera, sin tener haber tenido pololo jamás en la vida. El niño era del viejo asqueroso. Esta historia se contaba entre las mujeres, después de almuerzo o a la hora del té, como una anécdota más del legado de historias familiares. Así la oí, así la memorice. Para cuando tuve edad adulta suficiente y pensamiento independiente para procesar lo que había oído, entender el trasfondo de abuso y pedofilia, y escandalizada reclamar a mis hermanas ¿por qué no denunciaron al viejo asqueroso? ¿Por qué nadie rescató a esa pobre niña de sus garras? Una de mis hermanas mayores me dijo: porque la relación era “de mutuo acuerdo” después de todo “el compadre le compraba a Yesenia TODO lo que quisiera y pidiera”. La quedé mirando sin poder creer lo que oía. No era “mutuo acuerdo” le aclaré, fue abuso, violación, pedofilia. Una niña indefensa en las garras de un viejo asqueroso no tiene opción, no tiene salida, está atrapada. Un hombre que ofrece plata y regalos a menores de edad para tener sexo con ellas comete un crimen llamado estupro, corrupción de menores y en este caso en particular es derechamente pedofilia porque comenzó cuando ella era una niña. Así era en esos tiempos, que algunos recuerdan con inexplicable nostalgia. La ropa sucia se lava en casa. Nadie cuestiona a hombre, un señor, un respetado patriarca, menos si es de las fuerzas armadas. La violencia machista se vive, se sufre, se padece, se comenta en voz baja y a puertas cerradas. Una mentalidad primitiva y actitud retrograda inaceptable que muchos mantienen, incluso hoy en día.

Otra historia breve, contada en esos días, era la razón porqué la casa continúa a la nuestra, del vecino, estaba vacía: había tenido que huir del país apresuradamente con toda su familia debido a sus tendencias políticas.

Junto con la normalización absoluta e increíble de la violencia, convivía el adoctrinamiento ideológico: había que respetar, admirar, adorar al Dictador y a los militares porque ellos nos había salvado. Nosotros habíamos sido salvados de la amenaza comunista. “Pinochet es un héroe” repetía mi pobre madre ignorante, en esas tardes que cuando eres niña te parecen interminables. “Él nos salvó de los comunistas malos que querían destruir el país. Fue la misma gente que le pidió a los militares que nos salvaran, tocando ollas salían a gritar a la calle: junta queremos! porque los comunistas nos tenían muriéndonos de hambre, porque había que hacer filas horas y horas todos los días para conseguir un poco de comida.” Al momento en que ella contaba esas historias, nosotros pasábamos hambre. Nunca vi llegar ninguna ayuda del gobierno militar. Ni un cajón de mercadería, ni arreglar el techo cuando llovía. Nunca. Hubo una época en que a los niños nos enviaban a comer al comedor de caridad de un cura del barrio mientras los adultos se quedaban en casa y tomaban té con un pan, cuando había. Miseria y pobreza, así vivíamos. Luego salía el Dictador dando discursos en cadena nacional, luego las noticias reportaban los atentados terroristas, luego 24x7 las campañas, con dibujos animados y situaciones “graciosas” en que la gente lanzaba a la basura a quienes hablaban temas intocables como “la recesión”. Nunca olvidaré ese spot. Me pregunto si lo habrá hecho Lucas, así como hizo el infame dibujo burlándose del asesinato de la Mirista cuyo cuerpo fue lanzado en el patio de la embajada de Italia. Que crueldad, que bajeza, que indecencia: indecencia de la que nosotros también fuimos parte al celebrar las acciones del Dictador y sus

secuaces, al alabar al genocida, aunque haya sido por ceguera e ignorancia, eso no le quita que estuvo mal ser cómplices pasivos, complacientes, de la barbarie. Mi recuerdo más vergonzoso está relacionado con el hallazgo de las fosas comunes en Pisagua. En ese tiempo usaba un par de aros metálicos que tenían la figura de dos esqueletos humanos, articulados en las extremidades. Llamaban la atención y cuando la gente los señalaba en la calle Yo decía “sí, son de los que encontraron en Pisagua”. Qué crueldad, que bajeza, que indecencia. Una mujer tonta e ignorante criada en dictadura en una familia de fachos pobres, repitiendo el odio y el desprecio que le enseñaron hacia la vida humana. Había gente que se reía y me celebraba “la gracia”, entre ellos por supuesto mi mamá, mi familia. Había gente que me miraba horrorizada y se callaba. Hoy en retrospectiva, no sólo me horrorizo de la crueldad de mis palabras, la ligereza de mi pensamiento, la insolencia de mi lengua, la infamia, sino que también, nunca sabré, si alguna de esas personas que me escuchó decir semejante barbaridad tenía algún familiar detenido desaparecido, o aún peor, una de las personas encontradas en Pisagua, ejecutadas por la dictadura, era su familiar, su ser querido. Desde que tomé conciencia, desde que desperté del adoctrinamiento de la dictadura, me arrepiento, amargamente, y hasta el fin de mis días lo haré, de haber dicho esas horribles palabras. Hoy puedo dimensionar lo horrible que fui, que fuimos y el sufrimiento y la humillación que nuestra manera de ser debe haber causado a la gente que vivía entre nosotros y que estaba sufriendo la violenta represión por parte de quienes, nosotros los ignorantes, supuestamente “salvados”, considerábamos “héroes”. No tengo palabras, tampoco excusas para mi comportamiento inhumano, indolente. Espero que algún día, los familiares, amigos, seres queridos y cercanos de esas 19 personas que fueron prisioneras en el campo de concentración, torturados, ejecutados por los militares y luego enterrados en esa horrenda fosa común, puedan perdonar la crueldad sin conciencia de una niña tonta, criada en un hogar de fachos pobres en dictadura.

Baradit en su libro sobre la dictadura se horroriza de haber escuchado de la gente comentarios como los que yo confieso haber hecho y se preguntaba, cómo y porqué la gente pensaba y decía esas cosas. Creo saber respuesta, y haberla dado en las líneas que contienen estas memorias: adoctrinamiento, manipulación, ignorancia, negacionismo, miedo y represión. Es como tener una venda en los ojos, pero estar convencido de que ves, y tú realidad es la única versión de la realidad. Desperté un día después de leer el Informe Rettig, mi madre ya había fallecido y vivía sola en un departamento, ya era una mujer adulta e independiente. Lejos de la familia, lejos del mantra de adoremos a Pinochet. Cuando leí el informe algo dentro de mí se quebró. Lloré, me horroricé, me acordé de mi infancia, de mi madre, la casa, las historias, el liceo. Revisé todo lo vivido bajo una luz distinta y en un escenario hasta ahora desconocido. Me horroricé de nuevo y volví a llorar. Luego comencé a leer y a investigar: una a una se fueron cayendo las mentiras en las que creí tan fielmente durante tantos años. Nunca hubo guerra, nunca hubo invasión marxista. No había comida porque la escondieron, los paros fueron financiados por privados interesados en sabotear al gobierno, Estados Unidos estaba en el complot! Y había iniciado años antes de que eligieran a Salvador Allende. Robaron, saquearon el país, mataron a miles, torturaron, violaron, y no sólo por el hecho de pensar distinto, había una razón peor: por ambición, codicia, vileza humana, por conservar en sus manos el poder, la riqueza y el control. Los patrones de fundo de Chile, repitiendo un comportamiento que se ha visto durante toda la historia de nuestro país: usando las fuerzas armadas para reprimir las demandas de la clase obrera. Genocidio y Traición. De todas mis hermanas hay una sola despierta como yo, las otras y gran parte de la familia, sus hijos, sus nietos, siguen todavía creyendo las mentiras instauradas por la derecha, siguen creyendo y repitiendo que los

comunistas son los malos de la historia y que el dictador asesino de masas nos salvó. Leí en un artículo de psicología que para la gran mayoría de la gente es muy difícil aceptar que fueron engañados: al ver la verdad prefieren cerrar los ojos, hacer caso omiso y seguir creyendo firmemente en la mentira. Porque es más fácil, menos doloroso. Porque las implicaciones de aceptar la verdad incluyen hacer mea culpa y no hay algo más difícil que la autocrítica, aceptar los errores, pedir disculpas. En el caso de nuestro es aún más difícil ya que aceptar la verdad implica aceptar el horror del que fuimos cómplices, si cómplices, porque sucedió mientras nosotros vivíamos, aunque mal y en la miseria, vivíamos, mientras otros chilenos, chilenas, niños y niñas, eran secuestrados, violados, torturados y asesinados por nuestros propios compatriotas, esos militares que juraron defender la patria y a las personas, pero que se convirtieron en verdugos de su propio pueblo al que masacraron con brutalidad, con violencia desatada, con odio incomprensible, con balas, con tanques, con bombas, robándoles para siempre la paz, dividiendo para siempre ese país que juraron con sus vidas proteger y honrar.

Esta es mi historia. La hija menor de la familia pobre de un albañil y una lavandera, que creció en dictadura adorando a Pinochet, porque nosotros éramos “los salvados”, hasta que despertó de la falsa impostura, de la gran mentira, abrió los ojos y vio la horrible y estancada realidad que fue el país en que creció, y hoy con plena conciencia, sinceramente y con toda el alma y el corazón dice: NO. NI PERDON, NI OLVIDO. NUNCA MAS!